

¿Revolucionarios o piratas?

Por

Jorge A. Sanguinety

Los revolucionarios hacen revoluciones, pero ¿qué entendemos por revolución? La definición del Diccionario del Español Actual de Seco, Andrés y Ramos dice que “revolución es un cambio radical, especialmente por la fuerza, en las instituciones políticas de una nación”. También es un “cambio brusco e importante en el orden social, económico o moral”. De estos dos modos reconocemos la Revolución Gloriosa de los ingleses, la Revolución Americana, la Francesa, la industrial, la cibernética y las de 1933 y 1959 en Cuba, por citar algunas. El término revolución implica un cambio brusco pero generalmente se entiende también que es un cambio con la intención de mejorar, de pasar de una situación indeseable a otra mejor. Así fue como muchos cubanos apoyaron la revolución de 1959. Primero le dieron su respaldo al movimiento insurreccional de Fidel Castro para derrocar la dictadura de Batista y restituir el orden constitucional que había sido quebrado en 1952. Pero ese movimiento se aprovechó para introducir algunos cambios adicionales propuestos por Castro de manera general. Hasta entonces Fidel Castro se presentaba ante la mayoría de la población cubana y de otros países como un revolucionario, alguien que venía a introducir cambios que mejorarían al país en materia económica, política y social. Y así fue aceptado por muchos, como un benefactor, un verdadero héroe que junto con otros revolucionarios portaba un aura de nobleza y romanticismo.

Casi medio siglo después creo que hay suficientes datos e información para hacer una evaluación ex post de lo que ese movimiento logró en el marco de las promesas y expectativas iniciales. También podemos indagar sobre la naturaleza misma de los “revolucionarios” que acompañaron a Castro durante una parte o por todo el camino y si el término revolución define bien el proceso o es necesario utilizar uno más preciso.

Lo primero que hay que tener en cuenta para hacer esa evaluación es que el régimen castrista desde un principio comenzó a eliminar las fuentes de información que permitirían justipreciar su comportamiento y contrastarlo con las promesas iniciales. Un ejemplo de esto está dado por la decisión de Ernesto Guevara a comienzos de 1960, cuando era presidente del Banco Nacional de Cuba, de suspender indefinidamente las estimaciones del Ingreso Nacional del país que realizaba anualmente el Departamento de Investigaciones Económicas de esa institución. Esto hace que las evaluaciones sean más difíciles y que los datos disponibles oficialmente no sean confiables. Sin embargo, con el pasar de los años, otros eventos y fuentes de información sirven para calibrar el impacto de la gestión gubernamental, la cual se puede resumir apretadamente en algunos puntos cruciales: los niveles de consumo de casi todos los cubanos han disminuido y son precarios; el déficit habitacional crece rápidamente, lo cual está reconocido por el gobierno; la infraestructura física sufre una fuerte descapitalización; el país necesita

subsidios externos para mantener un equilibrio crítico entre oferta y demanda agregadas; las libertades civiles están severamente restringidas; la deuda pública es impagable; una gran parte de la población quiere abandonar el país y la tasa de fertilidad es insuficiente para mantener el nivel actual de población.

¿Por qué el desempeño del gobierno de Castro ha sido tan pobre? Mi respuesta es sencilla pero insólita para algunos: Castro nunca estuvo interesado en el desarrollo económico de Cuba. Hay muchos hechos que lo confirman, por ejemplo: la planificación socialista fue abandonada antes de comenzar en 1962 (un dato ignorado por casi todos los analistas); Castro nunca formuló una política económica para guiar la planificación; el gobierno nunca definió una posición en la importante polémica de los años 60 entre los que defendían la autogestión de las empresas y los que abogaban por el centralismo presupuestario; desde un principio la economía cubana dependió de subsidios externos y la política oficial ha sido eminentemente de exportación del liderazgo y la influencia de Castro en otros países.

Por muchos años durante los Siglos XVI y XVII la isla de Cuba estuvo asediada por filibusteros. Jacques de Sores, John Hawkins, Francis Drake, El Olonés, Henry Morgan y otros asaltaron y saquearon cientos de poblaciones cubanas en ese período. Pero los piratas saqueaban y se iban, nunca se quedaban. Tres siglos después del fin de la piratería en Cuba, Fidel Castro replica el acto de saqueo pero de una manera mucho más costosa para el país y lo hace disfrazado no sólo de revolucionario, si no también de socialista. Su impacto sobre el país se acerca más al de un pirata que se queda indefinidamente en el territorio que asalta, que al de un revolucionario benefactor. Y a pesar de esto, hay muchos que todavía lo veneran como si fuera un héroe, un modelo a seguir.

Los cubanos fallamos al no defender a Cuba de Castro, el pirata. Es inconcebible como él y sus secuaces, un puñado de piratas, se apoderaron de un país relativamente rico, con seis millones de habitantes para saquearlo y mancillarlo impunemente como lo han hecho por casi 50 años. Pero para sacar a los piratas de Cuba hay que convencer a muchos de que la “revolución” cubana no es más que un acto de piratería en gran escala, disfrazado de movimiento redentor. En no desenmascarar a los piratas también hemos fallado. Muchos siguen creyendo que los piratas son los buenos y que sus víctimas son los malos.

Miami, 12 de julio de 2007